

LA CABELLERA

FRENTE a su ventana y de cara al
ocaso escribe el poeta. Llena los
lustrosos pliegos de versos rotundos y
cincelados, y los tupidos renglones de
tinta negra, alineados como las rayas
de una pauta dejan adivinar estreme-
cimientos armoniosos. A cada idea
brillante, a cada sentimiento genero-
so se ilumina o se sacude, y la idea y
el sentimiento, después de palpar
en la pluma caen sobre el papel como
una gota de sangre de su corazón o
como un rayo de luz de su cerebro.

El poeta siente más que todos: sus

nervios son muy sonoros y muy sensibles, y el dolor como el placer arrancan de ellos como de melodioso violín notas de inmensa angustia o acordes de soberana dicha. Todos los deleites del amor, todas las ansias de la juventud, todas las miserias y todas las pordumbres los sabe esculpir en el mármol de la lengua, donde los deja inmovilizados y perpetuados como una Venus de voluptuosa actitud, o una Psiquis celestial o un desesperado Laocoonte.

Por la ventana abierta entra el martirio del crepúsculo: el crepúsculo que parece la sonrisa de un cadáver y como una lápida de dolor pesa sobre el pecho. El sol redondo y sangriento se hunde, el viento tiembla y los templos alzan los brazos desolados de sus torres quejándose en la voz de sus campanas. Las mujeres en los

balcones sueñan y dejan caer afuera sus cabellos como pabellones de luto.

Aquella pesadumbre en el ánimo del poeta se agranda. Siente asfixiarse en su cuarto y sale a divagar su pena por las calles. Se pierde en los barrios de la ciudad; se topa con los limosneros, con los trabajadores, con las meretrices; examina de cerca toda la infelicidad, toda la desesperación, y rebosante de amargura piensa en la Patria que reproducirá indefinidamente el tipo de esos miserables.

Ansía olvidar, anhela huír de las blasfemias y de los gemidos y entra en una cantina. Allí bebe, bebe insensatamente, y el prestigioso alcohol prende en su cerebro todas los candelabros de Santa Sofía. Enardecido por su embriaguez divina ve irisarse su sueño en el ópalo del ajenjo, mira surgir su esperanza del esmeralda de

la menta, sonríe a su ilusión bellísima tras el velo de oro del coñac, se siente lleno de placidez bebiendo cerveza y otra vez se pone triste besando a Loreley en el vino del Rhin.

Más tentador que el ruido de una orgía, más sugestivo que la música, al llegar a una esquina oye un sonido argentino y vibrante de moneda.

Entró a jugar.

En medio de la deslumbrante claridad, vió agrupados en torno de una mesa, como en un festín, a los jugadores: pálidos, absortos, desesperados; estos con la mirada extinta; aquellos furiosos; los talladores impasibles e indiferentes, como verdugos.

¡Oh la fiebre vertiginosa del juego! Él la padeció, lo abrasó, lo transfiguró. Más que todos los licores embriagó sus sentidos e inflamó su cerebro. El implacable vicio restiraba hasta el

tormento sus sobreexcitados nervios y a cada golpe de ganancia o de pérdida vibraba históricamente su organismo. Allí estaba el demonio del Juego atizando la codicia que se apagaba; sosteniendo la esperanza que desfallecía; atormentando a todos aquellos condenados con el filo de sus Espadas agudísimas; brindándoles como un filtro de locura el vino de sus Copas desbordantes; fascinando a los que vacilaban con el brillo de sus Oros irresistibles; moliendo las espaldas de todos con sus Bastos truculentos.

Cuando el poeta perdió su última moneda se levantó.

¿En donde ahogaría su disgusto? Aquella náusea de la vida que le salía desde lo más hondo de su sér, ¿con qué manjar sabroso la desvanecería? ¿En donde estaba la fuente de agua

clara para apagar su sed? La infinita misericordia que sentía por el infortunio, ¿de qué servía a los desventurados? Si tuviera fe...

Se encaminó a la casa de su amada que todas las noches lo esperaba en el balcón, y antes de llegar distinguió flotando su cabellera como un signo trágico. Parecía el vuelo pavoroso de un cuervo; se asemejaba a la bandera de un navío que se hunde; quién sabe qué de inmensamente triste y desoladamente lúgubre columbraba en sus marejadas turbulentas.

Subió al balcón junto a la amiga tentadora. La cabellera lo atraía y lo horrorizaba a la vez como poderoso imán; la acariciaba; jugaba con ella; la extendía sobre la marmórea espalda; la dejaba correr como un río, como un río tenebroso y de aguas encantadas; cual si fueran flores, comen-

zó a deshojar sobre ella sus sueños que flotaban y se hundían en la cascada de ébano; ante aquella corriente bituminosa, de ondas crespas y frías, pensó en la barca de Aqueronte cargada con los infelices que se encaminan al infierno.

Se dirigió al lecho.

Quería ahogar en una noche tempestuosa de locura y de amor su desesperación; deseaba entorpecer su cerebro y cansar sus sentidos en la voluptuosidad. Bebió las miradas fascinadoras como un tósigo de cantáridas; besó la carne de la Anadyomena pulida y todavía con el sabor salado del agua del mar; apuró en la copa de Alejandría de la boca jugosa el falerno de la lujuria.

El alba lo despertó. Su amada, pálida como la luz que entraba por la vidriera, dormía profundamente: en

sus mejillas había cadáveres de rosas y en sus ojos natividades de violetas. Aquella mujer, blanca como una estatua, de líneas armoniosas como un ritmo, perfecta como un verso, lo había hecho olvidar; pero, ¿qué sentimiento nuevo le había hecho conocer? ¿qué fuerza generosa le había transmitido? Había ahuyentado sus ideas malsanas, pero, ¿cuáles otras, bellas o redentoras, le había sugerido? Ninguna.

Aquel reposo era la laxitud del organismo. Su sueño sin pesadillas y sin sobresalto era obra solo del cansancio físico. En torno de la cabeza de su amada vió la cabellera, la fatídica cabellera undosa y desordenada como un bosque enmarañado por los tigres. Hundió los dedos en el toisón luctuoso; lo ordenó; abrió las largas hebras de ébano enredadas; extendió

el obscuro terciopelo sobre los hombros de nieve; dejó desbordarse el torrente de lava; distinguió al través de su negrura los senos como dos globos de alabastro.

¡Si se pudiera ahogar en aquellas aguas! La lujuriente cabellera se torció entre sus manos hábiles; se enroscó como una víbora; le dió miedo; la volvió a torcer; la desplegó como un manto; la sacudió como el follaje de un sauce; la retorció de nuevo, y de nuevo se le figuró una víbora; la estiró; así se asemejó a una soga; se la enredó en el cuello horrorizado pensando en las ondas pérfidas, imaginando una presión invencible, mirando la horca.

Y, ¿por qué no? ¿Que era para él la vida? Un martirio, una bebida amarga, la cicuta apurada gota a gota. El único instrumento de placer que ha-

bía encontrado era aquella lira viva, que había vibrado de amor bajo su mano vencedora; pero si se rompía mañana, ¿qué haría?

En sus manos se retorció la cabellera siniestra, lóbrega, tentadora. Entreabrióse la boca de la bella amante dormida; temió que despertara, y ese temor lo decidió. Anudó la cabellera en torno de su cuello, y la apretó, la apretó furiosamente hasta estrangularse con la cuerda de azabache.

EL SOLILOQUIO DEL ESPEJO

Mi alma es la luz, sin la luz yo no sería. ¿Qué es sin el alma el cuerpo? Materia sin vida, cadáver, substancia inerte. Y de igual modo que el espíritu es causa del sufrimiento en los seres vivos, la luz que es mi espíritu es el origen de mi atormentada vida. Soy una víctima de la luz.

No digo el hombre, el animal más mezquino, el insecto más vil, pueden evitar el dolor; pues o están provistos de armas para la lucha, o disponen de una coraza para la defensa o cuentan con instrumentos para la fu-

ga. Yo carezco de todo; de armas, de coraza, y no soy dueño ni de mover mi cuerpo.

Como el infeliz loco dentro de la camisa de fuerza, yo estoy sujeto en el marco que me maniat. Semejante al mísero ajusticiado que pende de infamante horca, cuelgo yo de fija escarpia; pero sin recibir la súbita y bendita liberación, sino agonizando lenta y perennemente.

Soy un parálitico de cuyos miembros ha huído la vida refugiándose en sus ojos donde brilla con persistente y desesperada intensidad. Un mudo que piensa con lucidez y cuyo único recurso de expresión es la mirada. Además, no me dejan tranquilo, sino que me persiguen, me vejan, me arrebatan mi voluntad forzándome a reproducir lo que me ordenan. Soy ludibrio del que se coloca delan-

te de mí, como el hipnotizado d hipnotizador.

Toda mi vida reside en mi mirada. Y bien, no hay ojos que no descansen, no hay ojos que no reposen, todos los ojos se cierran. A mí no se me concede tregua; yo permanezco siempre vigilante, siempre atento, sin gozar nunca del alivio de un parpadeo. ¿Se puede imaginar un terror más grande que unos ojos siempre abiertos, hasta de noche, hasta cuando están dormidos? Los ojos al menos pueden volverse adonde les place, apartar la vista de lo que les disgusta. Yo estoy condenado a ver siempre, siempre, siempre.

No soy por lo menos hijo de la naturaleza, soy una falsificación, una superchería. Soy una copia mal sacada, un burdo y desmañado remedo de un original que se me antoja es una

fuente o un río que reflejan las frondas y las nubes, las estrellas y el cielo azul, y aljofaran las adorantes cbelleras de las ninfas y ciñen sus formas cándidas, y no son paralíticos ni mudos, sino cantan, corren y prorumpen en sollozos.

Soy hijo del artificio y mi cruel padre aumenta mi tortura reanimando mi espíritu por manera artificiosa también, transfundiéndome nueva vida con los destellos que lanzan las temblorosas llamas de las bujías o el sutil cabello incandescente de las lámparas eléctricas.

Alguien querrá argüir que en ocasiones experimento el placer de reflejar caras bellas; que debo de deleitarme viendo despeñarse cascadas de perfumados cabellos; que tengo que iluminarme de regocijo contemplándome en hechiceros ojos; que he de

exultar mirando formas divinas; pero este es el más grande de los errores. El privilegio de la belleza es despertar el amor, y como la que se descubre ante mí no es la belleza tranquila de los mármoles sino belleza palpitante de vida que provoca el deseo, me convierte en el sér más desdichado. ¿Qué es la angustia de Tántalo si con la mía se compara? ¿Cómo alcanzar el fruto que apetezco si soy incapaz de moverme? ¿Cómo rogar si soy afásico? ¿Cómo dejar de ver si me es imposible desviar mi vista?

Porque nadie osará negar que el amor ha menester del contacto para comunicarse con el sér amado; para satisfacerse y realizarse. Le es necesaria la caricia, lo completa el beso, lo consume el abrazo. Yo soy el único amante a quien le está vedada toda esperanza; el único a quien

no le es dable tocar la fimbria de la mujer que anhela, siendo tan miserable que me muero de envidia por cualquier objeto que no tiene alma y por consecuencia no sabe sufrir ni paladear la voluptuosidad ni el deleite. Me cambiaría gustoso por una alfombra, por un anillo, por una liga, y cuenta que no menciono a las venturosas sábanas.

Todo sér que alienta un espíritu tiene derecho a morir, y, o lo ejercita, o la próspera naturaleza le proporciona pronto o tarde ese infinito consuelo. A mí, debido a mi parálisis, no me queda el recurso de suicidarme, de hacerme trizas, de vol verme añicos, sino estoy condenado a vivir luengos y dolorosos años y hasta inacabables siglos.

Pero como todo sér que el dolor tortura poseo una grandeza digna del

más elevado espíritu: que soy sincero, que siempre y en todas ocasiones digo la verdad. Inmóvil y todo, soy superior a la lisonja; estoy más alto que la adulación; soy incorruptible; encarno el símbolo de la justicia; pero no de la que comete entuertos y tergiversa razones como esos espejos espurios de caras convexas o cóncavas que deforman las imágenes; yo soy insobornable, soy terso; este es mi orgullo que me coloca por encima de muchos, ¡oh! sí, de muchos, de innumerables hombres.